

## Hechos probados

La sentencia del 11-M deja zanjada la autoría islamista del mayor atentado de la historia de España. El País reconstruye, a partir del fallo judicial, la trama de la matanza.

ANTONIO JIMENEZ Y PABLO ORDAZ

Todo se fraguó el 29 de febrero, ese día que normalmente no viene en los calendarios. La ciudad de Avilés amaneció cubierta de nieve, y José Emilio Suárez Trashorras, un ex minero aficionado a las juergas con droga y a los coches caros, apareció por Casa Tito con la intención de desayunar. Acababa de despedir a unos árabes que había conocido unos meses antes. Su vecino Rubén Iglesias, que ya estaba en el bar, se extrañó de verlo llegar tan desastrado, vestido con un chándal sucio, restos de barro en los bajos de los pantalones y pinta de no haber pegado ojo en toda la noche. Trashorras llegó acompañado por un pobre diablo llamado Gabriel Montoya Vidal y conocido como El Gitanillo.

—Hemos estado de copas toda la noche— se justificó Trashorras ante su vecino.

Rubén dio por buena la explicación, pero no se la creyó. "José Emilio era muy pijo y se arreglaba mucho, solía salir bien vestido, hasta de corbata. Por eso le llamábamos *Tito Winnie*".

En los coches que Trashorras vio partir viajaba un marroquí de 29 años, nacido en Taourit, un pueblo del Atlas, y al que llamaban Abdallah. Nada más llegar a Madrid y tras descargar la dinamita que habían conseguido en Asturias, el tal Abdallah —cuyo nombre verdadero era Abdennabi Kounjaa— buscó tres cuartillas cuadriculadas y escribió en árabe:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Este es mi testamento y espero que se lea con prudencia.

Abdallah ya presentía que iba a morir. Su célula islamista, compuesta por al menos 22 personas, acababa de conseguir la dinamita necesaria para perpetrar un gran atentado en Madrid. Además de Abdallah, trabajador ocasional en busca de papeles —llegó a ser profesor de niños musulmanes en un pueblo de Navarra—, la célula terrorista estaba integrada por los personajes más dispares. Un traficante de hachís casado con una española que acababa de radicalizarse después de una temporada en una cárcel de Marruecos. Un economista que trabajaba en una inmobiliaria. Un mujeriego especializado en reparación de lavadoras. Dos hermanos originarios de Tetuán apellidados Akcha. Un estudiante brillante, conocedor de varios idiomas, hijo de un notario de Nador. Un fontanero y albañil especializado en chapuzas. Un atleta de medio fondo, inmigrante de segunda generación, al que su padre había echado de casa por vago. Un carnicero de Lavapiés amigo de las discotecas, un marroquí que regentaba un locutorio en el mismo barrio, muy cerca de la carnicería, y que también reparaba móviles y vendía tarjetas de prepago... Lo heterogéneo del grupo no entorpecía sus planes terroristas sino más bien lo contrario. Todos —desde sus respectivas habilidades y niveles de formación— buscaban un fin común, el mismo que Abdallah se esmeró en plasmar en su testamento un texto que era también una despedida:

—Para mi mujer: tu marido ha vivido añorando este cometido, así doy gracias a Dios por haberme orientado por este camino. Te quiero decir que no hace falta que subas a España. Agradece a Dios que estás bien con tu familia. Sería ilícito que subieras. Cuida a tus hijos, enséñales el Libro de Dios y la sunna del profeta de Alá (Dios reza por su alma) hasta que encuentres a tu Dios. Que sepas con certeza, que yo he dejado a mis hijos no por deseo mío, sino por cumplir una orden de Dios, el Todopoderoso y Altísimo.

Aquel 29 de febrero no había sido un día fácil para Abdallah. De hecho, cuando se puso a escribir, ya hacía muchas horas que estaba en vela y aún le quedaban muchos párrafos antes de concluir su despedida.

Nada más llegar de Avilés los terroristas descargaron el explosivo en un agujero previamente impermeabilizado de una finca de Morata de Tajuña (Madrid). El zulo había sido excavado por el albañil del grupo, Otman El Gnaoui, siempre según las instrucciones de uno de los líderes de la banda, un tipo flacucho y pendenciero, un camello de poca monta por las calles de Madrid hasta que se radicalizó durante una temporada que pasó a la sombra en una cárcel de Marruecos. El Chino, que así le llamaban a Jamal Ahmidan por sus ojos pequeños, y rasgados, se movía a sus anchas por los bajos fondos, su hábitat natural en sus tiempos de traficante y ladrón. Solía gastar pasaportes falsos y una pistola siempre dispuesta por si los negocios se complicaban. Ese conocimiento del medio fue de gran utilidad para la célula islamista. Otros en la banda, más ilustrados, entendían de libros, de aleyas del Corán, de ordenadores y de teléfonos móviles, pero en la fase de preparación del atentado todos dependían de él. Sólo El Chino —un ex yonqui casi analfabeto— se las podía ingeniar para encontrar 200 kilos de dinamita. Y sobre todo, para hacerse con los alijos de hachís suficientes para pagar su importe.

La operación de intercambio se inició varios meses antes, concretamente el martes 28 de octubre de 2003. Cuatro personas se sentaron a la mesa del McDonalds de Carabanchel, al suroeste de Madrid, justo enfrente del hospital Gómez Ulla. El primero era Suárez Trashorras que quería hachís para trapichear en Avilés. El segundo y el tercero, los integrantes de la célula —El Chino y Rachid Aglif, el carnicero de Lavapiés— que buscaban la dinamita. La cuarta persona era el intermediario. El que puso en contacto a dos mundos tan distintos se llama Rafá Zouhier, un marroquí criado en Madrid y dispuesto a trabajar en lo que se encartara, sin remilgos, ya fuera de matón de discoteca o de *stripper* embadurnado de aceite, de atracador o de confidente de la Guardia Civil. Los árabes le propusieron a Trashorras que les suministrase una partida de 60 kilos de dinamita.

En una mesa cercana, Carmen Toro, por aquel entonces —esposa en ciernes de Trashorras, y su hermano Antonio esperan junto a un amigo de Avilés el fin de la reunión.

En la mesa principal, los cuatro hombres hablan de dinamita. Trashorras sabe dónde encontrarla. El lugar se llama Mina Conchita. Él trabajó allí hasta que le concedieron una pensión de invalidez por esquizofrenia. La falta de control es absoluta. Además. Suárez Trashorras conoce a gente dentro, voluntades dispuestas a ser torcidas a cambio de un precio adecuado. El asunto promete. Los cuatro quedan en verse de nuevo,

La segunda reunión se produce un par de semanas después, a mediados de noviembre, —en otro Mc Donalds de Madrid esta vez en la zona de Moncloa. Trashorras, su prometida, Antonio Toro, Rarbid Aglif, *El Conejo*, Jamal Ahmidan, El

Chino y Rafá Zouhier. Juntan las dos mesas. Hablan de una deuda pendiente de hachís que el ex minero asturiano se compromete a pagar, en parte o por completo, con entregas de dinamita.

La primera entrega tiene lugar el 5 de enero. Un chaval de Avilés, Sergio Álvarez, también conocido como Amokachi, acepta el trato que le ofrece Suárez Trashorras: 600 euros a cambio de transportar en un autobús de línea hasta Madrid una bolsa cerrada con un candado. Sergio barrunta que la pesada bolsa —unos 40 kilos— esconde algo delictivo, incluso es probable que no desconozca que se trata de dinamita, pero cumple el encargo. En la estación de Méndez Álvaro entrega la carga a un marroquí de ojos achinados y regresa en el autobús de línea Trashorras, en vez de pagarle con los 600 euros acordados, le entrega una bola de hachís de unos 200 gramos que Sergio y sus amigos se fuman esa misma noche, la noche de Reyes de 2004.

Trashorras recluta aún a dos infelices más para que bajen a Madrid con bolsas similares y con idéntica carga. Pero a la célula de El Chino el ritmo de entrega le parece insuficiente. No puede esperar más. Deciden subir ellos, recoger todo el explosivo de una tacada y volver a Madrid.

El sábado 28 de febrero un frente frío estremeció todo el norte de España, con viento, lluvia y nieve. Y justo esa tarde, Trashorras subió a Mina Conchita en un coche acompañado por el Gitanillo. Les seguía, otro coche, un Golf de color negro en el que viajaban El Chino, uno, de los hermanos Akcha y Abdallah, el antiguo profesor de niños musulmanes, al que le faltaba un día para comenzar a redactar su testamento en unas cuartillas:

—Para mis suegros: os confirmo que yo he dejado este mundo porque no vale tanto como vosotros, pensáis, y por que yo quiero encontrarme con mi Dios y que esté contento conmigo. Os pido cuidar a vuestra hija. No dejéis que vaya a la tierra de los infieles. Vosotros no sabéis, dónde está el Bien. Guardaos vosotros mismos, y a vuestras familiares del Infierno, si de verdad sentís responsabilidad hacia vuestra hija y sus niños No es pongáis tristes por despedirme, gracias a Dios me siento feliz en esta senda. Que la paz y la misericordia estén con vosotros

Por el camino a la mina, Trashorras decide dar la vuelta y volver a casa. Allí recoge unas botas de montaña y se las presta al Chino, que se había desplazado a Asturias con mocasines. Ya al pie de la mina, Trashorras y El Chino suben hasta la entrada de las galerías, donde los mineros suelen guardar la dinamita sobrante de las voladuras. Pasados tres cuartos de hora, regresan.

Es entonces cuando Trashorras —en presencia de El Gitanillo— le recuerda a Ahmidan:

-Acuérdate de recoger la bolsa con las puntas y los tornillos, que se ha quedado 15 metros más adelante.

Las puntas y los tornillos a los que se refirió Trashorras aquella tarde actuarían como metralla de las bombas que el 11 de marzo estallaron en los trenes de Madrid. José Luis Sánchez, marido de Marion Cintia Subervielle, recordó hace meses que cuando su mujer era un cadáver casi irreconocible tendido en el improvisado depósito del Ifema, le arrancó un clavo que se le había incrustado en el rostro.

Vuelven todos a Avilés. Los terroristas compran en un Carrefour seis mochilas, tres linternas, yogures, un cuchillo de cocina, un paquete de magdalenas y unos guantes. A la cajera que les atendió se le quedó grabado el

rostro de Ahmidan por la manera insidiosa de mirarla.

Es El Gitanyillo quien los guía esta vez a la mina. El menor se queda agazapado en el coche, entre unos arbustos, mientras los integristas, con las mochilas al hombro, suben alumbrándose con la linterna que acaban de comprar. Lo hacen a través de un sendero estrecho que conduce a la mina. Tras recoger otra partida de dinamita, intentan emprender el regreso, pero se pierden en el laberinto oscuro de maleza, barro y nieve en que se ha convertido la montaña. Al final, los terroristas logran dar con el camino de vuelta. Llegan al garaje del ex minero, donde sacan los explosivos de las mochilas y los meten en el maletero de uno de los coches. Y vuelta a por más dinamita...

Ya al mediodía del día 29 de febrero, los tres terroristas salen en dirección a Madrid. El Chino conduce el coche que abre la marcha. Los otros dos van detrás, con el maletero lleno de Goma 2 Eco. El Chino llama a otro miembro de la banda en Madrid, el albañil-fontanero Otman El Gnaoui, y le ordena que suba a su encuentro y que le lleve su pistola. Se lo pide dos veces. La primera a las dos de la tarde. La segunda a las cinco menos cuarto, 10 minutos después de que la Guardia Civil le detuviera, le multara por exceso de velocidad y por no tener la documentación en regla y le dejara marchar gracias a que el Chino exhibió uno de sus carnés falsos.

Ya esa misma tarde, la dinamita quedó escondida en el agujero impermeabilizado que excavó el albañil Gnaoui en una finca de Morata de Tajuña, casi una chabola, en la que hay cabras y gallinas, y que servirá a partir de ese momento de cuartel general de la célula *yihadista*. Los explosivos están a buen recaudo, secos. Los teléfonos móviles que servirán de temporizadores, comprados. La fecha elegida, el 11 de marzo, dos años y seis meses después del 11 -S-, ya está fijada. Abdallah sigue redactando su última carta. Sin pretenderlo, resume la mentalidad y la locura compartida de todos sus compañeros:

—No os entristezcáis, juro por Ala que yo invoco a Dios y le pido que me facilite el martirio y que me una con vosotros en el Paraíso, así, vosotros también invocad a Dios en todas las oraciones. No soporto vivir en este mundo, humillado y débil ante los ojos de los infieles y los tiranos (...). Doy gracias a Dios que me llevó a este camino. Si Dios me predestina la cárcel, os diré lo mismo que dijo el Shaykh Ibn Taimiyya: "¿Qué podrán hacer conmigo mis enemigos? Si me encarcelan será para mí un retiro, si me destierran será un viaje, y si me matan seré mártir".

La mañana del 11 de marzo, los terroristas, que llegan a la estación de Alcalá de Henares a bordo de una furgoneta Renault Kangoo, consiguen colocar 13 mochilas o bolsas cargadas de explosivos conectados a temporizadores para que estallen simultáneamente. De las 13, estallan 10. La primera, a las 7.37 minutos. La última, a las 7.40. Esa bomba, la última bomba, fue colocada por el dueño del locutorio de Lavapiés, Jamal Zougam, en el cuarto vagón de un tren que había salido a las 7.14 de la estación de Alcalá. Explotó cuando estaba parado en el andén de la vía 1 de la estación de Santa Eugenia. 14 personas murieron en el acto. Hay heridos que salen de los trenes aturridos y sonámbulos, y sólo tienen fuerzas para tumbarse en la grava, al lado de las vías, a la espera de que venga alguien y les arranque de esa pesadilla en la que acaban de ingresar.

Las noticias del horror empezaron a circular inmediatamente. Las emisoras de radio fueron transmitiendo al país —un país que 72 horas después celebraba unas elecciones generales— las cifras crecientes de la matanza. El resultado final,

terrible, fue el de 191 personas muertas: 34 en la estación de Atocha, 63 en la calle Téllez, 65 en la estación de El Pozo, 14 en la estación de Santa Eugenia y 15 más que se fueron muriendo en distintos hospitales de Madrid. Otras 1.857 personas resultaron heridas. Muchas de ellas aún no se han recuperado. Cómo símbolo trágico del dolor está el caso de Laura, en coma desde entonces. El día de los atentados, Laura tenía 26 años. Su vida desde entonces no ha sido vida y, por si fuera poco, a su familia ni siquiera le queda el consuelo de que Laura, apartada criminalmente de la vida, se refugie al menos en un sueño neutro. Porque Laura sufre. Lo contó su hermano durante el juicio. "Se le ve en el rostro, por ejemplo cuando bosteza. Se pone roja. También sufre cuando vomita o cuando las enfermeras la mueven para lavarla. Se ve claramente, Laura sufre".

Sobre las 10 de la mañana del 11 de marzo, el conserje del número 5 de la calle del Infantado, un edificio de Alcalá de Henares plantado justo enfrente de la estación de Renfe, no deja de darle vueltas a la cabeza. Tres horas antes, cuando se dirigía al apeadero para recoger los periódicos gratuitos, había observado cómo tres individuos se bajaban de una furgoneta, una Renault Kangoo de color blanco, y se dirigían a la estación con mochilas o bolsas de deportes cargadas a la espalda. Al conserje, llamado Luis Garrudo, le llamó la atención que aquellos individuos fueran muy abrigados, con gorros y bufandas, cuando no hacía tanto frío. Aunque en un primer momento no relacionó su encuentro fortuito de la mañana con las explosiones que unos minutos después se produjeron, ahora ya no tiene duda. Se pone en contacto con el presidente de la comunidad de vecinos y éste a su vez se lo cuenta a la policía. En cuestión de segundos, los agentes rodean la Kangoo y establecen un perímetro de seguridad por si se trata de una trampa dejada a propósito por los terroristas para causar más muertes.

Madrid es a esa hora un caos de muerte y destrucción, pero también un ejemplo de cómo una ciudad entera se vuelca en la ayuda de las víctimas. Policías y sanitarios libres de guardia se presentan voluntariamente en comisarías y hospitales, los ciudadanos hacen cola para donar sangre, los taxistas apagan los taxímetros y se ponen al servicio de lo que haga falta, los conductores —avisados por la radio de lo que está ocurriendo— atienden cómo nunca lo habían hecho la petición de las autoridades para que las calles queden expeditas.

Un gabinete de crisis se ha instalado en la sede del Ministerio de Agricultura, frente a la estación de Atocha, y ya el juez Juan del Olmo y la fiscal Olga Sánchez, de guardia esa mañana, están bajando, junto al alcalde Alberto Ruiz-Gallardón, las escaleras mecánicas de la estación de Atocha. El espectáculo de destrucción que están a punto de contemplar jamás lo olvidarán en sus vidas.

La policía, después de asegurarse con la ayuda de perros adiestrados de que la furgoneta no esconde ninguna trampa, la traslada al macro complejo policial de Canillas. Allí, expertos de Policía Científica van vaciando la furgoneta.

Obscenenamente mezclados aparecen los objetos propiedad de José Garzón, el trabajador al que unos días antes los terroristas sustrajeron la Kangoo, y los útiles necesarios para matar a 192 personas. "Un chaleco reflectante, dos triángulos de emergencia, dos bufandas, un slip, un sobre, una multa de aparcamiento, varias cintas de radiocasete —una de ellas, de la Orquesta Mondragón—, una factura de recambios, una cinta de casete con caracteres árabes, una bolsa de basura de color azul semitransparente con siete detonadores industriales eléctricos y un extremo de un cartucho de dinamita plástica de color blanco marfil con papel parafinado... ". En dos de los detonadores, figura una etiqueta con la leyenda UEB

DETONADOR ELECTRICO - BLASTING CAP - DETONATEUR ELECTRIQUE -  
Made in Spain / CE 0163—

Doce horas después, a las dos de la madrugada del 12 de marzo, en una comisaría de Vallecas, una agente de policía en su primer día de servicio abre una mochila de las recogidas entre los efectos de las víctimas en la estación de El Pozo y se encuentra una bomba. Un experto en desactivación de explosivos —el artificiero Pedro— se la lleva al cercano parque de Azorín.

—Metí el dedo en aquella masa gelatinosa. Luego lo saqué. Olía a almendras amargas.

Serían las dos y media de la madrugada del viernes 12 de marzo. La bomba fue desactivada. El teléfono móvil era un Mitsubishi Trium con dos agujeros en la carcasa de los que salían dos cables de color azul y rojo que iban a un detonador de cobre, metido dentro de 10 kilos de dinamita plástica. La mochila contenía además 640 gramos de tornillos y clavos para que funcionaran como metralla. La bomba no explotó porque uno de los cables que partían del teléfono estaba desconectado. Pero lo más importante era que el detonador tenía una inscripción. UEB DETONADOR ELECTRICO - BLASTING CAP - DETONATEUR ELECTRIQUE - Made in Spain/CE 0163.

Exactamente la misma inscripción que el detonador encontrado en la furgoneta Kangoo encontrada junto a la estación de Alcalá de Henares. La pista era buena.

La furgoneta Kangoo registrada por la mañana y la bomba desactivada a la madrugada siguiente pertenecían a los mismos terroristas. Ahora urgía investigar el teléfono móvil que el artificiero Pedro había conseguido separar de la dinamita. El estudio del teléfono y de la tarjeta que contenía llevaron a la detención de Jamal Zougam, un marroquí ya investigado por las policías de varios países, el propietario del locutorio Nuevo Siglo en el barrio madrileño de Lavapiés.

Por otra parte, los detonadores encontrados en la furgoneta Kangoo remiten a una empresa de explotación minera de Asturias, Caholines de Merilles. El martes 16 de marzo, dos inspectores de policía y un miembro del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) se desplazan hasta la empresa y reclaman un listado completo de los trabajadores. Mientras lo estudian reciben un aviso de la comisaría central de Madrid confirmando la pista asturiana: algunas de las llamadas efectuadas con las tarjetas telefónicas relacionadas con Jamal Zougam remiten también a Asturias.

El miércoles, los tres agentes visitan la comisaría de Avilés: allí hay alguien que les está esperando, que sabe que el cerco se estrecha y que tarde o temprano van a dar con él. Se llama José Emilio Suárez Trashorras y les habla a los policías de tres marroquíes que vinieron a Asturias el 28 de febrero, el día de la gran nevada. Sobre todo les habla de uno, del que más conoce, Jamal Ahmidan, al que todos llaman El Chino pero que Trashorras denomina Mowgli porque, según él, se parece al niño de la película de dibujos animados *El libro de la selva*.

Estos tres policías constituyen la punta de lanza de todo un ejército de agentes, especialistas e investigadores españoles que trabajan para el mismo fin. Acaban de obtener el segundo de los nombres clave para descubrir y localizar a la banda terrorista. Ese mismo día, un oficial de la Guardia Civil obtiene lo mismo, por sí solo, sin ningún esfuerzo, gracias a la llamada de un matón de discoteca que trabaja en lo que sale y que a veces actúa de chivato policial

"El Chino tiene detonadores, tiene... tiene... mandos a distancia, tiene, tiene Goma 2..." Le explica que después de haber pasado tres años en la cárcel, Ahmidan volvió a España "ya con el rollo de Alá, ¿sabes lo que te digo?, o sea, ya no bebe nada de alcohol, ya no roba ni na...empezó a traficar, vino aquí a liarla, a liarla, te lo juro por mi padre, que es que vamos... estoy segurísimo que es él.

El guardia civil actúa como si no le creyese del todo. Y Zouhier añade, para convencerle: "Ese tío siempre hablaba del rollo del teléfono, no hablaba de detonadores, siempre hablaba del teléfono, de teléfonos, ¿sabes? quería saber cómo se hacía ¿entiendes? Lo de hacerlo con el teléfono".

La información llega tarde y es ya inútil. De hecho, los mandos policiales saben en ese momento que se enfrentan a una banda peligrosa que huye hacia delante con intención de volver a matar, que conserva kilos de explosivos y que son capaces, en última instancia, de hacerse saltar por los aires si se ven cercados.

De hecho, el 2 de abril los terroristas intentan, infructuosamente, explotar una bomba al paso del AVE por Mocejón (Toledo). Un vigilante les descubre mientras colocan el explosivo. Huyen, se esconden. La policía rastrea minuciosamente las llamadas cruzadas de las tarjetas interceptadas en una desesperada carrera contra el reloj. Por fin, los encuentran. Se esconden en un piso de Leganés. Son las tres y media de la tarde del 3 de abril, casi un mes después de que Abdallah comenzara a escribir en las cuartillas:—Para mis hijas: vuestro padre ha sido hombre de valores morales, y siempre ha pensado en el *Yihad*. Los demás querían intimidarme con el sufrimiento y la cárcel. No obstante, gracias a Dios, Él me guió para llevar a cabo aquel cometido. Os pido que seáis devotos a Dios, y que sigáis a nuestros hermanos, los *muyahidines*, allí donde estén, tal vez forméis parte de ellos. Ésta es la esperanza que yo deposito en vosotras, ya que la religión triunfa por la sangre y los sacrificios. No os aferréis mucho a esta vida. Qué la paz esté con vosotras.

La policía localiza el piso en la calle Carmen Martín Gaité, en Leganés. A las cuatro de la tarde, uno de los integrantes de la banda, Abdelmajid Bouchar, el atleta de medio fondo al que su padre echó de casa por haragán, descubre, al bajar la basura, que están rodeados y echa a correr en dirección a la vía del tren, mientras grita para alertar a sus compañeros. Un policía sale detrás de él sin conseguir darle alcance. "Corría exactamente mucho", aseguró después el agente. Los compañeros del huido se apostan en las ventanas y comienzan a disparar.

En el piso hay ocho integrantes de la banda. Entre ellos, el Chino Abadalla A las seis y veinte ya han decidido que no pasarán de esa noche. Optan por decir adiós a su gente. Serhane *El Tunecino*, el economista que trabajaba en una inmobiliaria, uno de los cabecillas de la banda, llama a su madre a Túnez para despedirse de ella. Los hermanos Oulad hablan con su familia... Abdallah telefonea a su hermano. Es su segunda despedida, la primera está escrita en unas cuartillas cuadrículadas.

-Para mis hermanos en el camino de Alá, en cualquier lugar: mucha gente toma la vida como camino para la muerte. Yo he elegido la muerte como camino para la vida. Tenéis que aferraros al Islam, por dicho y hecho, como actividad y *yihad*. El Islam no se reduce a unas cuantas oraciones en la Mezquita, tal y como algunos piensan, sino que es una religión que abarca todo. Absteneos de seguir los extravíos de Satán, de humillaros y de creer en las falacias de los déspotas, de

modo que el mundo entero, tanto en Oriente como en Occidente, se está riendo de vosotros. Maldecid a los tiranos y combatidlos con todo lo que tenéis de fuerza, junto con sus lacayos ,los (...) de los seres humanos. Que la maldición de Alá caiga sobre los injustos.

A las ocho y media, agentes del Grupo Especial de Operaciones (GEO) de la policía cortan la luz, el gas y el agua del edificio, y conminan a los encerrados a rendirse. Media hora más tarde, los policías de élite se parapetan en el rellano de la escalera, colocan una pequeña carga explosiva junto a la puerta del piso y la vuelan. Gritan a los terroristas que se entreguen, pero éstos les contestan: "Entrad vosotros, mamones". Los policías lanzan gases lacrimógenos al interior del piso. Segundos después, uno de los terroristas activa el cinturón de dinamita que se había colocado en la cintura. De la explosión mueren en el acto todos los miembros de la banda y uno de los geos, Francisco Javier Torronteras, que esperaba en la escalera, preparado para el asalto.

Durante tres días, los investigadores rebuscan entre los restos del piso. Hallan pistas, pruebas y documentos que ayudan a desenmascarar a otros miembros de la banda. Entre otras cosas, aparecen pasaportes falsos y verdaderos, libros religiosos, papeles con números de teléfono, cintas de vídeo en las que se ve a terroristas, con la cara cubierta y armados, reivindicando el 11-M. En el disco duro del ordenador hay ficheros reveladores llenos de manuales de instrucciones, algunos bajados de internet: "El gatillo para iniciar la *yihad*", "Los objetivos de la *yihad*", "Introducción a la cultura militar" y otros documentos escritos para elaborar explosivos o para actuar en caso de resultar detenido.

En una de las listas de teléfonos se incluía el nombre de Saed El Harrak, integrante de la banda y amigo del alma de uno de los suicidas. Cuando la policía registró la taquilla que El Harrak utilizaba en su trabajo, en la empresa Encofrados Román, encontró una bolsa de deportes. En su interior había un sobre con unas hojas que su hermano en la fe Abdallah le había confiado cuando ya tenía la dinamita y empezó a sospechar que el final se acercaba. La primera frase decía así:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Soy Abdenabi Kounjaa. Este es mi testamento y espero que se lea con prudencia.

## **El bulo de la autoría intelectual**

### **El PP y los “conspiradores” manipulan una frase de la absolución de El Egipto**

ERNESTO EKAIZER

Avanza la tarde este 4 de junio de 2007. En la sala del juicio del 11-M, en la Casa de Campo, seis intérpretes (dos de la Audiencia Nacional, dos de la Unidad Central de Información Exterior –UCIE— de la policía española y otros dos de la policía italiana están prestando declaración en calidad de peritos. Son expertos en lengua árabe y sus dialectos.

He aquí la manzana de la discordia: una traducción de las conversaciones telefónicas y ambientales que durante varios días del mes de mayo de 2004 le ha



grabado la policía italiana a Rabei Osman, alias *Mohamed El Egipcio*. Los italianos, tras obtener autorización judicial, introducen en dos apartamentos sucesivos, en Via Cadore y Via Chiasserini, en Milán, micrófonos, cámaras espía de activación automática, fuera y dentro de las viviendas; pinchan sus teléfonos fijos y móviles, disponen un control sobre su ordenador y destacan un policía para seguirle las 24 horas del día.

El resultado de esta operación es, entre otros, un diálogo entre Rabei y un discípulo, el menor Yahia Mawad, en el que el primero declara que el atentado del 11-M es un proyecto suyo que llevaron adelante sus amigos, entre quienes nombra a Serhane, *El Tunecino*.

No quiero ocultarte que el atentado de Madrid lo hemos hecho nosotros, la operación de Madrid la he preparado yo, ¿me entiendes? El proyecto es mío, el grupo, ¿me entiendes...? Son todos amigos míos, nuestro grupo; cinco han muerto y Dios les ha dado el premio, y ocho se han quedado en la cárcel y yo era su hilo, pero Dios no ha querido para mí la muerte por Él, ese día yo no estaba con ellos.... pero el día 4 estaba en contacto.... el 3 ha empezado el proyecto, pero yo conocía el proyecto". Ésta es la versión en español del texto italiano, traducido a su vez del árabe hablado por un egipcio.

Los abogados de Rabei niegan en Milán, durante la investigación, que sea la voz del acusado. Durante el juicio persisten en negarlo. En noviembre de 2006, Rabei es condenado en base a estas grabaciones a 10 años de prisión por ser dirigente de una organización terrorista que se dedica a reclutar adeptos para la *yihad*. El joven *Yahia* recibe una condena menor.

El juez Juan del Olmo y la fiscal Olga Sánchez otorgan, lógicamente, gran atención a las conversaciones, ya que, de ser veraces, amplían el horizonte de la investigación española. Solicitan la extradición de Rabei, quien, tras ser interrogado y negar que se trate de su voz, es enviado a prisión. Las conversaciones y otros indicios llevan al juez a acusarle por el atentado del 11-M.

El hecho es que esta tarde del 4 de junio, a iniciativa de Endika Zulueta, abogado de oficio a cargo de la defensa de Rabei, tiene lugar el debate entre intérpretes. La iniciativa del letrado ha sido discreta. Ha solicitado en mayo a la Sección Segunda de la Audiencia Nacional (integrada por los mismos magistrados del tribunal) que se encargue un informe a los dos peritos de la Audiencia Nacional sobre el contenido de las grabaciones. Consigue la autorización. El informe, del 25 de mayo, cuestiona totalmente la versión de los italianos. Los dos intérpretes son designados peritos por el tribunal para prestar declaración en el juicio oral. A éstos se añaden dos enviados por la UCIE. En el debate queda en evidencia que el acusado, que sigue negando que sea su voz, no ha dicho en la conversación grabada que el atentado de Madrid ha sido su proyecto.

Los cuatro peritos designados por, el tribunal afirman, frente a los italianos, que Rabei dijo esto: "Sí... Todos son amigos míos, de ellos cinco cayeron mártires, que en paz descansen, y ocho están en la cárcel. Pero Dios no quiso mi martirio y me salvó de la cárcel. Yo no estaba con ellos en aquellos días. Pero fue mi gente... y yo estaba al tanto previamente, pero exactamente.... exactamente lo que iba a pasar no me dijeron ..... La prueba más importante contra Rabei cae al vacío.

Al haber otorgado un lugar prominente a Rabei en el relato del 11-M, el juez Del Olmo y la fiscal Sánchez han corrido un riesgo. Porque su acusación está basada prácticamente al 99% en la presunta autoinculpación de Rabei. Esa noche del mismo 4 de junio, la fiscal Sánchez presenta en el juicio sus conclusiones definitivas.

A Rabei, ¿qué se le imputa? ¿Autoría intelectual? No. ¿Acaso no se dan los requisitos del tipo penal? ¡Qué va! Es más simple: la figura del autor intelectual no existe en el Código Penal. Se puede ser autor material de un delito, cómplice, encubridor, cooperador necesario o inductor. Pero no autor intelectual. La fiscal sigue dando por buenas las grabaciones italianas e imputa a Rabei ser autor material (pertenecer a organización terrorista) y autor por inducción de los 191 delitos de asesinato terrorista. Esta misma figura de inducción también la propone para otros dos acusados: Hassan el Haski y Youssef Belhadj.

Pero esa tarde del 4 de junio ha pasado algo relevante: los tres magistrados del tribunal consideran a bote pronto que las conversaciones procedentes de Italia han quedado en entredicho.

Nada más comenzar sus deliberaciones en julio, según fuentes jurídicas, el tribunal estima que Rabei no puede ser condenado en España por pertenecer a organización terrorista porque ya está juzgado y cumple condena en Italia. Es la práctica que se sigue con los miembros de ETA condenados previamente en Francia. No condenarles dos veces por el mismo delito. Claro que éste no es el caso: Rabei podía pertenecer a dos organizaciones a la vez.

Queda, por tanto, la imputación por inducción. Pero para ello la prueba principal (la grabación) está fuera de juego. El tribunal resuelve, pues, que Rabei será absuelto.

Éste será el secreto mejor guardado. A primeros de septiembre, el tribunal concede la libertad provisional del acusado Mahmoud Slimane Aoun, para quien se pedía 13 años de prisión. Es evidente que la pena que se le va a aplicar será mucho menor. Pero no hay ninguna resolución sobre Rabei. ¿El hecho de estar cumpliendo prisión en Italia es una razón para no dictar resolución en España? Problema: en España, también Rabei está en régimen de prisión provisional, y si va a ser dejado libre de cargos debería, como en el caso de Slimane Aoun, quedar en libertad provisional, aunque sea una mera tramitación procesal.

Pero el tribunal no lo resuelve... y el secreto se mantiene.

En la mañana del miércoles 31, uno de los tres miembros del tribunal, Alfonso Guevara, anticipa a la Cadena Ser que la sentencia puede deparar "una sorpresa". Apenas se conocen detalles de la sentencia, el PP y los medios de la conspiración tienen coartada: el autor intelectual del 11-M queda en libertad. Pero, ¿quién ha calificado en las conclusiones definitivas de autor intelectual a Rabei? Ni la fiscal Sánchez, ni las otras acusaciones.

Entonces, ¿de dónde sale esta historia? Es la sentencia la que al analizar la situación de Rabei, dice en un párrafo lo siguiente: "Por último, las conversaciones de Rabei Osman en las que, según las acusaciones, se le atribuye la autoría intelectual de los atentados al decir que 'lo de Madrid fue mío... era mi proyecto querido', etcétera, son claramente equívocas".

¿Es verdad que las acusaciones afirman que en esas conversaciones Rabei Osman "se atribuye la autoría intelectual"? No consta. Lo cierto: ninguno de los escritos de calificación, reproducidos en la sentencia, atribuye a Rabei la "autoría intelectual" del 11-M. ¡Pero los medios de la conspiración y el PP ya van servidos! Tienen la frase apócrifa para intentar salvar la cara, tras tres años y medio de campaña de la conspiración.

## El trayecto más largo

El dolor ha transformado la personalidad de muchas víctimas. El vacío les persigue

LOLA GALÁN

Cuesta trabajo creerlo, pero la tragedia del 11-M ha enseñado cosas también a los que la han sufrido más directamente. Lo dice José Luis Sánchez San Frutos, que perdió a su mujer aquel día, Marion Cintia Subervielle, francesa, de 30 años, y se quedó solo con la hija de 10 meses. "Desde aquello he aprendido a vivir". Lo que significa que se toma las cosas con calma, sin pasión, con una distancia desconocida. Y eso se nota en casi todo. Por ejemplo, en cómo ha aceptado una sentencia que le resulta un tanto incomprensible. No entiendo la libertad de Antonio y Carmen Toro. Sé que tenemos un sistema garantista, pero me esperaba una condena". No lo dice con rabia, ni con rencor, porque José Luis Sánchez les perdonó a todos desde el principio. "Debo de ser muy cristiano en eso", bromea.

Ni siquiera estaba en Madrid, cuando el juez Javier Gómez Bermúdez leyó la sentencia. La escuchó a retazos en la radio, mientras viajaba a Francia con su hija. "Hacían puente en su colegio y me la he traído a que vea a los abuelos", cuenta en conversación telefónica. Ellos, la familia francesa, lo han pasado muy mal, porque no tuvieron los apoyos que han tenido él o las restantes víctimas de la matanza. "Yo estoy bien. Tenía que ocuparme de mi hija y eso me ha obligado a afrontar la situación". Trabaja como procurador, lleva a su hija al colegio, sale de vez en cuando con los amigos. Hace una vida normal. Todo menos volver a la Biblioteca Nacional, donde trabajaba Marion como azafata. No puede ni mirar la fachada cuando pasa por delante, camino del Tribunal Superior de Justicia. "Me trae demasiados recuerdos", dice. Por lo demás, todo en orden. Los psicólogos que le trataron tienen que estar satisfechos.

Sólo que José Luis ya no es del todo él. La pérdida ha operado cambios profundos en su persona. Ha cambiado de intereses. La política, por ejemplo, ya no le apasiona. Antes había cosas que le ponían fuera de sí, ahora ni se inmuta. "La vida es corta y la puedes perder en cualquier momento".

Algo así le ha ocurrido a Yolanda Rzaca, una chica polaca de 31 años, atrapada en la misma tragedia. En su vida anterior, Yolanda era feliz con su marido, Wieslaw, de 34 años, y su hija de nueve meses, Patricia. No les sobraba el dinero, desde luego, por eso emigraron a España. Ella limpiaba casas en Madrid, él trabajaba en la construcción. El 11-M, los tres viajaban en uno de los trenes de la muerte. Yolanda sufrió heridas graves, que requirieron muchos días de hospital y varias operaciones. Cuando empezaba a recuperarse le dieron la noticia: su hija y su marido habían muerto. Punto final. La vida de Yolanda Rzaca terminó ahí, en cierto modo. Y empezó otra nueva, llena de recuerdos, pero más pobre emocionalmente y más difícil.

"Lo ha pasado muy mal, por las heridas físicas y por el dolor de quedarse sin su marido y su hija", cuenta su hermana, Katy, con la que comparte piso en Madrid. Yolanda va a Polonia siempre que puede. Por el *puente* de Todos los Santos le han dado permiso en el hospital de niños de la Cruz Roja donde trabaja ahora, y ha volado a Cracovia. Aunque Yolanda ya no es la misma desde aquel día de marzo. Es como si se hubiera reencarnado en un yo que se le parece, pero que

vive inmerso en un paisaje personal diferente. Un yo que tiene además el lastre de la memoria.

Lo único que permanece de la Yolanda de antes del 11-M, además de las tumbas de Cracovia y de la familia polaca, es el vínculo con Katy, y con sus sobrinos, de cinco y seis años de edad. Antes, ella era la hermana mayor; ahora es Katy, un año más pequeña, quien la cuida y protege. Es Katy la que intentará explicarle la sentencia de un juicio que se le ha hecho interminable. No sé que le voy a decir. No entiendo que sólo hayan condenado a tres personas. Al final, creo que no vamos a saber nunca lo que pasó". Katy, la hermana de la víctima del 11-M, se alegra de que el juez haya pensado en las indemnizaciones: El dinero no cambia nada, pero así Yolanda no tendrá que trabajar tanto como lo ha hecho cuando se encontraba mal".

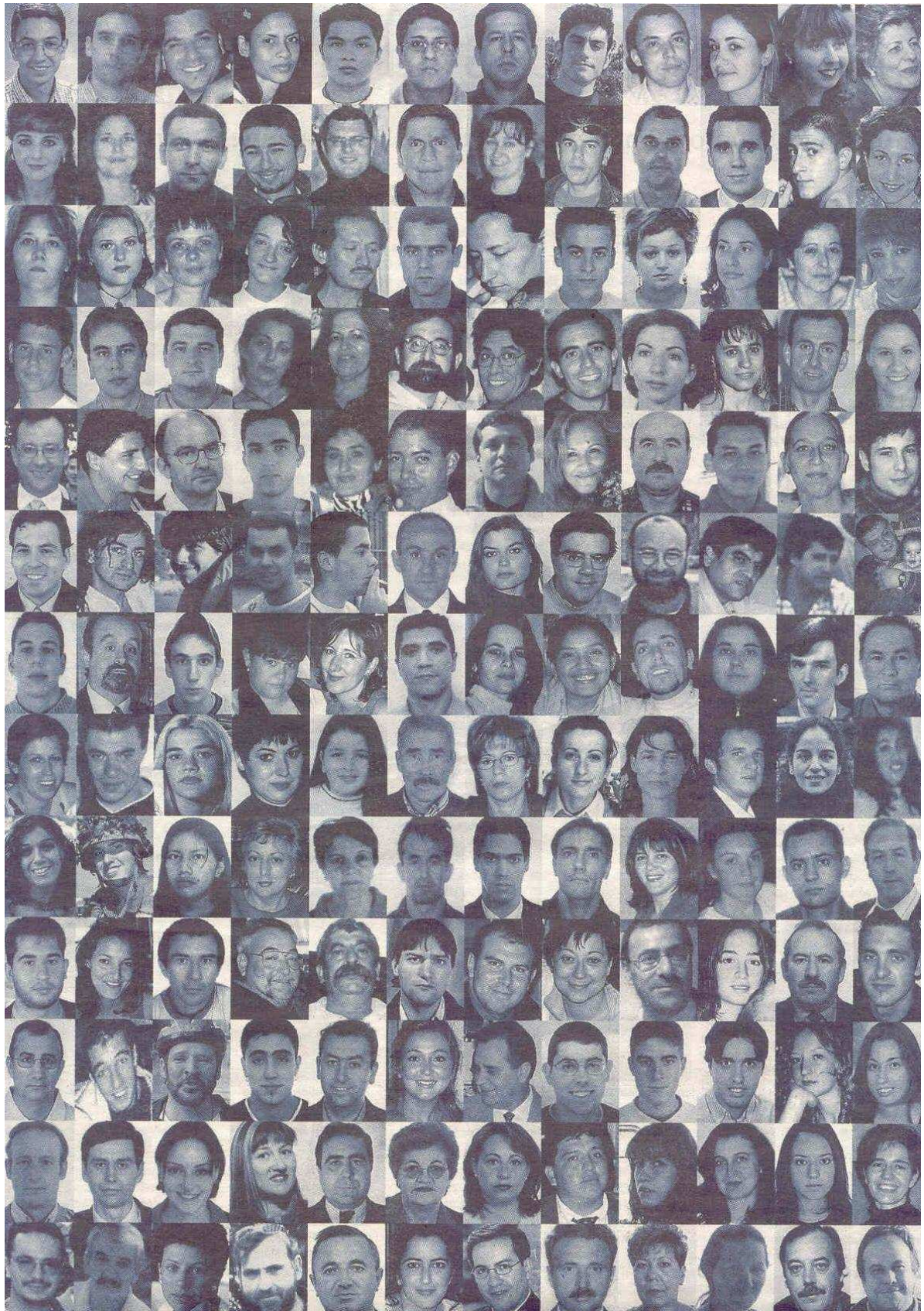
Para las familias, compartir la vida con un afectado por la tragedia no debe de ser fácil. "Con ninguno de los que sobrevivimos", dice Jesús Ramírez, ocupante del tren que estalló en El Pozo. Ahora se encuentra más o menos recuperado, después de cuatro operaciones, aunque tiene alojada en el cuerpo metralla de aquellas bombas. Ramírez, de 53 años, reconoce con objetividad que vivir con él puede ser un calvario. Se le olvidan las cosas, las citas, los recados, no tiene ilusión por casi nada. "Llevo perdidos tres o cuatro pares de gafas en los últimos meses", dice.

Ramírez es vicepresidente de la Asociación 11-M Afectados por el Terrorismo. Da charlas, conferencias, atiende a la prensa y procura no faltar a las reuniones. De la sentencia habla con prudencia. "Son más de 700 folios, creo yo que los magistrados merecen un respeto. Habrá que esperar a leerla a fondo y enterarse bien de lo que dice".

A Rosa María Ventas, superviviente del atentado., la sentencia no parece inquietarle. "No he seguido casi el juicio. No quería suspender nada de mi vida cotidiana. Mis hijos son lo primero". Con o sin condena a los culpables, sabe que nadie puede cambiar los hechos. "Viviré siempre con ese recuerdo", dice. Todos los días, al subirse al mismo tren para ir a su trabajo, se acuerda de lo que vio y sintió aquel 11 de marzo. Claro que ahora tiene 46 años, quizá cuando se haga mayor consiga olvidar.

Olvidar es justamente lo que no quiere Ruth Rogado. Para ella, el juicio y esa primera sentencia no son más que el comienzo en la larga batalla contra los asesinos de su padre. "Le quería mucho y le sigo queriendo", dice sentada en el salón de su casa. Tanto le quería, que aceptó la oferta de empleo que le hizo la compañía de seguros donde trabajaba él, Ambrosio Rogado, muerto a los 54 años en el tren que estalló en la calle de Téllez. "Yo no habría podido. Admiro a mi hermana por eso", dice Rubén, el pequeño de la familia, de 25 años. Claro que Ruth es diferente, ella cree que su padre no se ha ido del todo. Por eso le gusta levantarse todas las mañanas en su casa de Rivas-Vaciamadrid y encaminarse a la calle de Fortuny, en Madrid, y tomar asiento ante el ordenador, cerca del despacho que ocupaba su padre. Es casi un ejercicio de amorosa suplantación, ocupar el espacio vacío de Ambrosio Rogado. Es como si ya no fuera únicamente Ruth. "He cambiado mucho después del 11-M, asegura. Como casi todas las víctimas, ha aprendido a no involucrarse demasiado en lo que no vale la pena. Ha aprendido también que la vida puede ser difícil. Aunque Ruth, y Yolanda, y Katy, y José Luis Sánchez San Frutos hubieran preferido seguir como en sus vidas anteriores. Vivir en la ignorancia.





Fotografías de 157 de las 192 personas asesinadas el 11-M. No se publicaron las de las víctimas cuyas familias no lo desearon.



## **La mirada de los ausentes**

192 personas fueron asesinadas por los terroristas que provocaron el 11-M

A. J. M / P. O.

Hay una joven que el primer día del juicio acudió a la sala de vistas de la Casa de Campo con la foto de su padre, muerto, en el bolsillo del pantalón. Cada vez que se quedaba sin ánimo para seguir el interrogatorio agarraba el papel, lo estrujaba y miraba para adelante. El miércoles, el último día de ese juicio interminablemente doloroso para los familiares de las víctimas, la misma joven se encontraba en la misma silla: había aguantado, había conseguido tirar para adelante. Y hay una mujer que perdió a su marido que casi grita de dolor cuando su hija le preguntó, el 19 de marzo pasado, a quién entregaría el regalo del Día del Padre de ese año del colegio. Cada una de las familias de las víctimas del 11-M tiene un drama y una historia particular detrás que se repite cada día. La mañana del 11 de marzo de 2004 se quedaron 191 personas para ,siempre en los trenes de cercanías de Madrid en los que viajaban camino del trabajo o del instituto. Un policía, la víctima 192, falleció, casi un mes después, cuando intentaba apresar a los culpables de la matanza en un piso de Leganés. Todos ellos son los muertos del 11-M.

**El País, 4 de noviembre de 2007**